

*La paz les dejo...*¹

Un desorden cósmico

1. La teología de la salvación nos enseña, bien apoyada en la Escritura, que el pecado es un grave desorden que se introdujo en el mundo por el mal empleo de la libertad. El orden previsto por Dios que se reflejaba en cada rincón del Paraíso, se trastocó violentamente cuando se cometió el primer pecado.

Antes de esa caída, cada cosa estaba en su lugar. Había orden, había una correcta disposición de las diversas partes en el todo; el mundo era un conjunto armonioso y bello. El Génesis nos describe que apenas se había dado la desobediencia por instigación del Maligno, Adán y Eva se avergonzaron de su desnudez y se apartaron el uno del otro. La Iglesia explica que *la armonía en que se encontraban (...) queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra, la unión entre el hombre y la mujer queda sometida a tensiones; sus relaciones ahora estarán marcadas por el deseo y el dominio*². Toda la creación quedó afectada, sometida, como enseña san Pablo, *a la servidumbre de la corrupción*³. Dicho en una sola frase: *la paz se perdió para siempre*.

Del pecado del hombre surge una interminable cadena de egoísmos, fracturas interiores, agresiones y violencias. Males que inevitablemente alteran de modo permanente la convivencia de las familias y las comunidades. Toda la historia humana, desde entonces, es una lucha dramática entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la paz y la discordia.

¡Oh, feliz culpa!

2. Pero es consolador recordar que en esa dura batalla no estamos solos. El hombre no fue abandonado por Dios a su propia suerte. *Donde abundó el pecado* –nos enseña san Pablo– *sobreabundó la gracia*⁴, por medio de Cristo nuestro Señor, el Nuevo Adán. La Vigilia Pascual, nos invitaba a cantar hace pocas semanas, con emoción: *¡Oh, feliz culpa que mereció tan gran Redentor!*

Y es que nuestro Salvador, como Príncipe de la paz, vino a recomponer todas las cosas. La obra de la creación –enseñaba san Juan Pablo II– se completa con la obra de la salvación, con una creación nueva que restablece y perfecciona el desconcierto y la corrupción que se habían introducido por medio del pecado⁵.

¹ Homilía VI domingo de Pascua, ciclo C.

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 400.

³ *Romanos* 8, 20.

⁴ *Romanos* 5, 20.

⁵ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13-I-1988.

Lo afirma dulcemente Jesús en el evangelio de hoy: *La paz les dejo, mi paz les doy*⁶. Es una profunda paz que surge de la reconciliación con Dios y como fruto del Espíritu Santo entre nosotros. Es una paz que brota con fuerza del orden restablecido. Si el pecado nos desordena y quiebra, la paz de Cristo (*la tranquilidad en el orden*, como la llamaba san Agustín), nos ubica, nos centra, nos fortalece.

Trabajar por la paz

3. Con Él, con su gracia, podemos tener paz y trabajar por la paz. Ahora bien, esto no es fácil. La herida del pecado original permanece en nuestro interior, Cristo la ha curado pero, por decirlo de alguna manera, no ha cicatrizado del todo. *Construir la paz evangélica* –apunta el Papa Francisco– (...) *que integra a los extraños, a las personas difíciles y complicadas (...) es duro y requiere una gran amplitud de mente y de corazón*⁷.

Por eso debemos de apoyarnos en el Señor, especialmente en la Eucaristía. Recordemos que el *rito de la paz* en la misa, está colocado después de la consagración. Una vez que Cristo está en medio de nosotros, el celebrante implora la paz y la unidad para toda la Iglesia. Luego la comparte con los fieles y les pide que la trasmitan, sencilla y alegremente, a los que están cerca. Finalmente, llenos de paz, nos disponemos a recibir al Señor en la Comunión. Y a salir al mundo a difundir esa bendita paz que Jesús nos ha otorgado.

El ejemplo de los santos

4. Es reconfortante ver que los santos de todos los tiempos, han sembrado paz por donde quiera que han andado. Me viene a la memoria un conmovedor episodio de la vida de san Josemaría.

En 1943, un grupo de hijas suyas se hizo cargo de la administración doméstica de una Residencia de estudiantes en Madrid. Eran tiempos difíciles porque, después de la Guerra Civil española y en plena guerra mundial, había gran escasez de alimentos. Además, la casa estaba en construcción, con presencia de obreros por todas partes y el considerable desorden que esto implicaba. El 23 de diciembre dos de ellas se desahogaron con él diciéndole que en su trabajo no habían conseguido mas que *desastres*.

San Josemaría las escuchó con atención, paciente y sereno. A veces las interrumpía para darles ánimo y asegurarles que pronto las cosas cambiarían. Una de ellas añadió: *Como tenemos tanto trabajo, no tenemos tiempo para hacer oración*. La otra, tímidamente añadió: *Es que usted (...) nos pide imposibles*.

Al escucharlas, aquel hombre valiente y enérgico, hundió la cabeza entre las manos y rompió en sollozos. Cuando se serenó, tomó un papel y comenzó a escribir:

+

⁶ Evangelio, Juan 14, 27.

⁷ FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, n. 89.

*1/ sin servicio
2/ con obreros
3/ sin accesos
4/ sin manteles
5/ sin despensas
6/ sin personal*

*7/ sin experiencia
8/ sin dividir el trabajo*

*1/ con mucho amor de Dios
2/ con toda la confianza en Dios y en el Padre
3/ no pensar en los desastres, hasta mañana durante el retiro.*

Al día siguiente, les predicó el retiro y las llenó de una profunda paz y de un nuevo optimismo. Quedó claro que con la ayuda de Dios, cuidando la vida de piedad, todo saldría adelante. Tiempo después, hablando con una de ellas, comentó: *Lloré, hija mía, porque no hacías oración. Y, para una hija de Dios en el Opus Dei, el trabajo más importante, ante el que hay que posponer todo lo demás es éste: la oración*⁸.

5. *La paz les dejo, mi paz les doy...* Apoyados en Cristo, nuestra roca incommovible, también nosotros tendremos paz y difundiremos la paz. Que María, *Reina de la paz*, no nos suelte de su mano.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 26 de mayo de 2019

⁸ Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, II, pp. 586-588.